



La represión (intelectual) en Cuba

Reinaldo Arenas

Por primera vez soy un hombre libre,
por lo tanto, por primera vez existo.

90

Mi vida hasta ahora ha transcurrido entre dos dictaduras; primero la de Batista; luego, la dictadura comunista. Precisamente, por estar por primera vez en un país libre, puedo hablar. Y, como puedo hablar, puedo decir cosas que seguramente no les gustarán a muchos ciudadanos de este país libre, y, mucho menos a sus go-

bernantes. Claro, si estuviera en un país totalitario (en la Cuba actual) tendría que decir lo que le placiera al dictador, o no decir nada. He aquí las ventajas de estar en un país libre: se puede ser un tipo desagradable, se puede caer mal. Es decir, se le puede decir al pan, pan y al vino lo que se nos ocurra.

Este es un congreso que tiene como tema central la *represión en Cuba*. Yo podría empezar a hablar ahora sobre ese tópico y no terminar hasta dentro de treinta y siete años, y sólo haber contado la represión que yo conozco. Es decir, la que vi y padecí; es decir, una ínfima parte de la gran represión, de toda la represión padecida (y por padecer) en Cuba. Yo podría comenzar a hablar de cómo desde 1963 se crearon en Cuba campos de concentración, citar, por ejemplo, de los que entre miles y miles por allí pasaron, a Nelson Rodríguez . . . ¿Alguien recuerda ese nombre? ¿Recoge la Historia ese nombre? . . . Nelson Rodríguez era un joven escritor cubano que ahora tendría mi edad de no haber sido porque luego de haber salido enloquecido de esos campos de concentración, intentó (¡oh, hereje!) abandonar por cualquier vía aquel paraíso, y fue, sencillamente, fusilado junto a otros más . . . Averigüen, indaguen: Nelson Rodríguez, nacido en 1943, fusilado en 1969, autor de un libro de cuentos, *El regalo*, publicado por las ediciones R, dirigidas entonces (brevemente) por Virgilio Piñera . . . Yo podría decirles, por ejemplo, cómo vivió y murió Virgilio Piñera, cómo se le vejó incesantemente, cómo se le citaba incesantemente por la policía ante la cual tenía que disculparse (y arrepentirse) aterrizado, por haber leído un poema en casa de Olga Andreu o en casa de Johnny Ibáñez, sus mejores amigos. Y cómo tenía que mostrarse satisfecho, aliviado, feliz, porque el estado se conformaba, esta vez, con hacer desaparecer su obra inédita (unos siete libros) y no su persona . . . Porque, en definitiva, quién iba a proteger a Virgilio Piñera? ¿Quién iba a pedirle cuentas al estado cubano cuando el mismo hubiese aparecido estrangulado en una escalera, precipitado desde un quinto piso, o, como finalmente, apareció: muerto, solo y repentinamente a consecuencia de un supuesto infarto, que desde luego, el mismo hospital del estado se encargó de certificar . . . Por cierto, ¿no sabían ustedes que el cadáver de Virgilio Piñera fue retirado de la funeraria "Rivero" donde estaba tendido, y vuelto a traer ya cuando sólo faltaban pocas horas para su entierro? (Al parecer la quisquillosa policía cubana quiso someterlo a un interrogatorio . . . póstumo). También de muerte "repentina" muere Lezama Lima en un hospital del estado. Ingresó un viernes por la tarde, no recibe atención médica el viernes, por haber ingresado por la tarde, el sábado, por no tener el médico visita, y el domingo ya está muerto . . . Alguién podría explicar aquí cómo murió el poeta y crítico cubano Oscar Hurtado, que de

intelectual lúcido pasó a la categoría de zombi a partir de 1969, en la ex ciudad de la Habana, luego de haber sido despedido de su trabajo y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Por otra parte todos ellos ya hacía casi diez años que habían muerto para el estado desde el punto de vista literario, es decir, desde el único punto vital que los justificaba.

Que esas muertes hayan sido "naturales" o "estatales", ¿quién lo podrá averiguar? ¿Se encargará este congreso de hacerle la autopsia a la Historia? ¿Alguna comisión de la ONU (esa institución tan patéticamente irrisoria) irá, con picas y tridentes, a desenterrar los cadáveres de Virgilio, de Lezama, de Nelson Rodríguez, de Oscar Hurtado, los miles de cadáveres que se pudren anónimamente en cualquier lugar de la Isla? ¿Se encargará la comisión de derechos humanos de resucitar a los suicidas José Hernández, novelista, a Marta Vignies, poeta, y a los miles de suicidas más que anónimamente se lanzan desde cualquier balcón en la ciudad de La Habana? . . . ¿Le devolveremos con este congreso la razón a Delfín Prats, uno de lo mejores poetas jóvenes cubanos reducido a ayudante de cocinero, beodo perpetuo en trance de perder definitivamente el juicio? . . . Sigamos citando. Citemos a José Yáñez, expulsado y censurado, a César López, también anulado y amordazado, a José Cid muerto también en olor de seguridad (del estado). Todo el mundo vejado, todo el mundo censurado, todo el mundo confesado; pues si de algo no puede prescindir un ser humano en un país comunista es de la confesión. Hay que confesar y comulgar, en la estación de policía, en el centro de trabajo, en la cuadra, o, si somos más tercos, en la oscura e incommunicada celda, donde ni la algarabía ni el cacareo de los escritores progresistas de occidente resolverán nada . . . Se confiesa no solamente lo que hemos hecho, sino lo que el estado nos indique que debemos confesar. Y qué manera de indicar, de convencer: en una minúscula cabina herméticamente cerrada, con baños, ora hirviendo, ora congelados; con bofetadas, ya en el vientre, ya en el rostro; con patadas, ya en la cabeza o ya en el culo. Después de este método, y de otros aun más eficaces: cómo no vamos a confesarnos culpables, contrarrevolucionarios, traidores, cómo no vamos a delatarnos y a delatar . . . Unos vamos a una prisión de un año, como en mi caso; otros, de tres, como Daniel Fernández; otros, de ocho, como René Ariza; otros, de treinta, como Miguel Sales; a otros se les fusila, como a Nelson Rodríguez. Y a otros se les pone delante

una cámara cinematográfica y se les conmina a que hagan pública sus confesiones. Y, desde luego, también se les fusila porque luego de haber cumplido un año o treinta quedamos, de todos modos, liquidados. Pues no se trata de cumplir una condena, se trata de ser, ya para siempre, un condenado: un cadáver ambulante, un zombi, que, naturalmente, debe manifestar incesantemente, su amor al Máximo líder, Primer Secretario, Comandante en Jefe, Presidente del Consejo de Ministros, en fin el Gran Hermano . . . Esto es así. Y no admite discusión alguna. A no ser, desde luego, con los funcionarios del estado cubano o con intelectuales de las "dotes" de un Julio Cortázar o un Gabriel García Márquez, o con otros esbirros de menor cuantía . . .

Ahora bien: ¿qué se resuelve con esta perorata? ¿Resucitará Virgilio? ¿Volverá Prats a la razón? . . . Más bien yo afirmaré que mañana, o cuando esto se divulgue, a Prats se le citará (o se le visitará) y se le conminará a desmentir mis palabras y a insultarme, o de lo contrario, dentro de poco, Prats irá para la cárcel, no, naturalmente, por un delito político (no seamos tan ingenuos: estoy hablando de una dictadura de izquierda, mucho más taimada, minuciosa y eficaz, que las burdas y torpes dictaduras de derecha). Prats irá a la cárcel por perversión sexual, escándalo público, desacato, peligrosidad, predelinuencia. Como sucedió conmigo, y como sucede diariamente con miles de cubanos, que se pudren en cualquier prisión o campo de trabajo, y que desde luego, nadie va, nadie puede ir, a fotografiar, entrevistar, y mucho menos, liberar. No podemos olvidar que en un país comunista, estado y justicia son una misma cosa, es decir una misma infamia que, si en última instancia no hay un delito bajo el cual encasillarnos y encarcelarnos o discriminarlos, se inventa, por una resolución ministerial, dicho delito. Y asunto concluido . . . Por eso, más que denunciar una represión que todo el que tenga un ápice de sentido común ya habrá descubierto — pues no es por el placer de coger un baño de sol que 120 mil cubanos se han lanzado al mar en dos meses, y unos tres millones más están esperando la menor oportunidad para hacerlo, sin más tesoro que la ropa que lleven puesta y las huellas de los golpes y pedradas recibidos — más que denunciar esa represión, a estas alturas, se debería pensar de qué manera atacarla, o, al menos, detenerla. Detenerla por lo menos aquí, ya que allá lo más que se puede hacer es salir huyendo, y, para eso con los riesgos concernientes a todo prófugo que

abandona una prisión.

Ser prostituta voluntaria no es lo mismo que serlo por obligación, a no ser que una alta dosis de masoquismo nos embargue. Yo me pregunto: ¿son todos esos intelectuales de izquierdas que aún le siguen haciendo el juego a dictaduras tan minuciosas como la cubana, prostitutas voluntarias o masoquistas? ¿o secretamente los une una relación contante y sonante, y por lo mismo constante? Pero no estamos aquí para hacer un estudio general de la prostitución intelectual, sino para denunciar la represión. El caso es que cuando un intelectual que, precisamente por querer seguir siéndolo, abandona, si puede, un país comunista, lo espera del otro lado del mar o del muro, no la cortina de hierro, pero sí la cortina del silencio. Choca que ese perro flaco que huye de la perrera miserable les venga a estropear a los perros gordos su jugueto o su ilusión, sostenida precisamente a expensas de los perros flacos. Les molesta que los conejos se escapen del laboratorio. Les molesta, en fin, a los señores intelectuales de izquierdas que, paradójicamente, ocupan casi todas las posiciones culturales en las democracias de derecha (las únicas que existen) que un condenado a muerte se escape y les restriegue en sus rostros mofletudos el curriculum de su hipocresía . . . Por eso, para esos señores de las izquierdas occidentales, lo mejor es condenar al silencio a esos intelectuales anticomunistas que (oh, qué mal gusto) aborrecen los campos de concentración, la farsa monolítica y las consabidas retracciones.

¿No sabían ustedes que a una escritora como Lydia Cabrera nunca se le otorgó una beca en EE.UU., una de esas tantas becas que pululan por las universidades de este mundo, a pesar de que en un tiempo la solicitó? ¿No sabían ustedes que a autores como Carlos Montenegro, Labrador Ruiz, Lino Novás Calvo y la misma Lydia Cabrera, de querer publicar sus obras tendrían ellos mismos que costearlas? Así, el intelectual cubano en el exilio está condenado a desaparecer dos veces: primero, el estado cubano lo borra del mapa literario de su país; luego, las izquierdas galopantes y preponderantes, instaladas, naturalmente, en los países capitalistas, lo condenan al silencio. Para esos señores de las izquierdas occidentales, turistas de los países socialistas, ser anticomunista es de mal gusto; pero no es de mal gusto cobrar en dinero capitalista, vivir bajo el confort y la seguridad de las democracias capitalistas, y, espléndidamente ataviados, mirar (como miraban los agentes

fascistas por las mirillas de los crematorios) cómo, millones de seres humanos, a golpes de puntapie, son reducidos a la terminología de "masa," a un anónimo y planificado bloque unidimensional, hambriento y amordazado, compelido siempre a arañar la tierra y aplaudir, o, sencillamente, perecer. Ninguno de estos señores de izquierda se preocupó nunca por saber ciertamente qué ocurría con los intelectuales cubanos. No fueron capaces de preguntarse por qué a Piñera no se le publicaba una cuartilla, por qué Lezama no podía salir del país a pesar de las incesantes invitaciones recibidas, por qué Ariza fue reducido a prisión . . . Ah, pero cuando luego de las mil y una aventuras y calamidades un intelectual logra al fin salir del bloque monolítico, entonces sí están prestos a interesarse por él: es decir, a detractarlo o a ignorarlo. Se le estampa la etiqueta de reaccionario y se le anula. Para esos señores, aborrecer los campos de trabajo forzado es reaccionario, no admitir el pensamiento amordazado es ser reaccionario, querer ser una ser humano, una posibilidad y no una máscara, un zombi, una sombra, es ser reaccionario. ¿Cuál es el futuro que quieren estos señores? ¿El del escritor perseguido? ¿el del pensamiento unilateral? ¿el de la mano levantada incondicionalmente?, ¿el de la inmensa y asfixiante prisión custodiada día y noche por centinelas y guardacostas y por los mismos prisioneros? Y bien: si ese es el futuro que desean, ¿por qué están aquí, en el pasado, obstaculizando o anulando la labor de los que, decididamente, no queremos tal futuro?.

Pero no es precisamente de las prostitutas voluntarias, ni de los héroes de la patria de lo que quisiera hablarles. Porque en fin, tanto el héroe como la gran puta gozan de fama universal. Hablaré, no para resaltar el heroísmo de los hombres que resisten las torturas, o de los que padecen en las cárceles, sino para atacar los sistemas que convierten al hombre en un héroe o en un miserable, en fin, en una víctima. Debemos hablar para condenar los sistemas en los que los hombres ya no pueden seguir siendo dueños de sus principios y pública y oficialmente tienen que renunciar a ellos, para, secretamente, seguir alentándolos.

Sería casi ingenuo analizar aquí la represión a través de aquellos hombres que el sistema ha decidido condenar a prisión o fusilar. Más sutil, más siniestra, más inmoral, más imposible de constatar y más terrible, es la represión del silencio, de la compulsión, de la amenaza, de la

extorsión cotidianas, el amago oficial incesante, el miedo desatado a través de mecanismos perfectos que hacen del hombre no sólo un reprimido, sino, un autorreprimido, no sólo un censurado, sino un autocensurado, no sólo un vigilado, sino un autovigilado, pues sabe, el sistema se ha encargado de hacérselo saber, que la censura, la vigilancia, la represión, no son simples manías psicológicas ni delirios de persecución, sino aparatos siniestros, prestos a fulminarnos silenciosamente sin que el mundo libre (el otro no cuenta para el caso) llegue siquiera a saber a ciencia cierta qué ocurrió con nosotros.

Yo estoy aquí, no porque haya sido un héroe, sino por haber sido un cobarde. De haber sido un héroe, en el sentido romántico del término, no estuviera ahora aquí hablando, sino, en una mazmorra, o, en el mejor de los casos, en una anónima porción de tierra, pudriéndome.

Cuando se habla de derechos humanos, de libertad, etc., debe tenerse en cuenta que esos derechos, esas libertades, funcionan allí donde no es necesario reclamarlos, es decir, donde hay un estado democrático. Me parece una admirable ingenuidad hablarles de derechos humanos a los dictadores, cuando precisamente éstos existen porque han suprimido esos derechos. La finalidad y cotidianidad de un poder totalitario es, sencillamente, el poder. Por y para el poder existen las dictaduras. Para mantener ese poder, por ese poder, serán y son capaces de cualquier cosa, no digo yo, de destruir a un ser humano (cosa en verdad muy frágil): un escritor, un intelectual, un obrero, sino a generaciones completas; a un pueblo en general. Y, de ser posible, al ser humano en su totalidad. Y, cuando digo al ser humano en su totalidad, no estoy esbozando el capítulo de una novela fantástica, sino, fatídicamente, constatando una realidad padecida. Pues no podemos afirmar sin pecar de ingenuos que Stalin haya aniquilado solamente a quince o veinte millones de seres humanos: el sistema totalitario ha aniquilado, sencillamente, a todo el pueblo ruso al igual que en Cuba se aniquiló a todo el pueblo cubano. Puesto que todos los habitantes de esos sistemas totalitarios, tienen que renunciar para poder sobrevivir, precisamente a su condición humana, a la vida, colocarse una máscara, representar un papel, dejar de ser. La autenticidad (y no ya la intelectual, sino, cualquier actitud vital) pasa al terreno de la clandestinidad. Somos públicamente los enemigos de nosotros mismos, para, secreta, taimada, eventual y, cada vez más fugazmente,

ser nosotros mismos en la sombra. Por mi parte, aún no deja de maravillarme el hecho de que en los países democráticos se condene a muerte a una persona sin obligársele primero a que aplauda y pida a gritos dicha sentencia. Qué privilegio, para mí realmente increíble, este de poner la cabeza en la picota tranquilamente, sin antes tener que improvisar obligatoriamente un discurso elogiando la magnanimidad del verdugo, sin antes haber tenido que convertirnos en nuestros propios verdugos.

Los intelectuales, y cualquier hombre que viva bajo las dictaduras de izquierda, y en Cuba, que es la que mejor conozco, están completamente impotentes, sin protección, sin apoyo, sin ningún tipo de garantía ni siquiera moral, por muchas conferencias, por muchos congresos, simposios, encuentros, coloquios o reuniones que, como este celebremos. Y se sienten así, impotentes e incommunicados, sin ningún tipo de seguridad, porque realmente así están, porque a una dictadura monolítica y siniestra en su perfecta represión y en su control, le importa un bledo, no este congreso, sino un millón de congresos como éste; porque la historia, en los países comunistas, no es la consecuencia de un acontecimiento, el resultado de una acción, el transcurrir de la vida, sino el postulado *a priori* de una resolución ministerial; esa abstracción atroz bajo la cual se engloba a todo un país y que se llama masa no es para el dictador comunista más que el juguete e instrumento de su delirio, su terquedad, su ambición, su cólera o su euforia; jamás la expresión de un pueblo. Porque para un dictador comunista la expresión *el pueblo soy yo* le viene como anillo al dedo, no porque represente genuinamente al pueblo, sino, porque es el único que puede hablar, disponer y actuar en nombre de ese pueblo. *El pueblo soy yo, el estado soy yo, el poder soy yo, la literatura soy yo, la patria soy yo, la historia soy yo, yo yo yo, y sólo yo* . . . He ahí el infinito monólogo de un dictador comunista. Y mientras existan esas dictaduras existirá ese yo, que hablará por todos los yo, por todos nosotros, que no seremos más que sombras adulteradas y distorsionadas, conminadas por la metralla y el estruendo, por el estupor y el sabernos en manos, y sin ninguna protección, de un criminal, a aplaudir y apoyar ese yo que no somos, que no seremos nunca nosotros.

Este congreso se celebra en los EE.UU., pero seguramente el pueblo de los EE.UU. (uno de los pueblos políticamente más torpes de la tierra) está al margen de este congreso, al igual, sin duda que el gobierno de los

EE.UU., aun más torpe que su pueblo. Gobernantes que actúan no por principios filosóficos o ideológicos, sino por intereses inmediatos y superfluos; pueblo que no elige a sus gobernantes por la profundidad de sus ideas o la real defensa de la democracia, sino por su envoltura, su fachada, su etiqueta. Pueblo en fin estupidizado por una prensa, un cine, una literatura, que en lugar de enaltecer la belleza, la profundidad, el amor, la aventura y la vida, propala y enaltece, en forma masiva, la imbecilidad, la locura y el crimen. Que un pueblo que tuvo presidentes como Washington o Lincoln tenga hoy lo que tiene, no sólo es triste, sino patético y suicida. Y digo todo esto porque amo este pueblo, porque de hecho somos parte del mismo, y quisiera, por encima de todo, que recuperara la grandeza que una vez tuvo. Porque en fin este pueblo está condenado a renacer o a desaparecer. Quizás, por fortuna, alguno de sus integrantes intuya el inminente peligro que corren dichas torpezas, y tal vez aún estén a tiempo de enmendarse.

Las democracias contemporáneas no están a la altura de sus enemigos irreconciliables (las dictaduras comunistas), no están a su altura, no ya en el plano ofensivo, ni siquiera en el plano defensivo, con ademanes y posturas versallescas, con gestos titubeantes y fachadas puritanas no se detiene una horda de criminales internacionales perfectamente diseminados por el mundo entero, que en 24 horas se engulle a una nación como hicieron con Afganistán, como han hecho con Hungría, como han hecho con Checoslovaquia, como han hecho con Cambodia, y como seguirán haciendo con todos los pueblos ante los, hasta ahora impasibles, ojos de la llamada primera potencia mundial de Occidente.

Es posible que EE.UU. no haya comprendido aún donde están realmente sus intereses vitales. Es posible que EE.UU. aún no haya intuido que cuando se le interviene una caballería de tierra a un campesino en Cuba, se está afectando sus intereses vitales, que cuando un joven cubano recibe una bofetada o es conducido a la cárcel por ostentar un peinado que no concuerda con las disciplinas oficiales, se está atentando contra sus intereses vitales, que cuando un intelectual es obligado a retractarse, cuando un judío es perseguido o discriminado, cuando un homosexual es confinado a un campo de trabajo forzado, cuando miles de soldados cubanos (obligados y disfrazados, ya de maestros voluntarios, ya de obreros) son diseminados por Africa

o por América Latina, cuando 5 millones de seres humanos son aniquilados en Cambodia, se está atentando contra sus intereses vitales, puesto que los intereses vitales de los EE.UU., claro está, no son sólo las inversiones económicas (también en peligro) que se mantengan aquí o allá, sino la dignidad del género humano. Los mayores (los decisivos) intereses vitales de los EE.UU. están, sencillamente, en la Unión Soviética. Cada zarpazo que desde allí, u ordenado desde allí, se dé en cualquier lugar del mundo, es un paso de avance que se da en contra del pueblo de los EE.UU., contra su propio corazón y contra las más elevadas de sus conquistas.

No es por azar que los intelectuales, o los hombres en general, que han padecido esos sistemas totalitarios, sean los que más aman la libertad y los mejores aliados de la democracia. Si ustedes quieren encontrar verdaderos anticomunistas, verdaderos defensores de las democracias, búsquenlos en los países comunistas. Si pudiéramos secretamente interrogar la conciencia de esa "masa" amor-dazada que desfila aplaudiendo bajo la tribuna del máximo líder, obtendríamos sin duda la más objetiva, verídica y patética de las impugnaciones hechas a ese sistema que aplauden. Pero les toca, no a los que están dentro de los países comunistas (presos que no pueden hacer más que sobrevivir, y ya es bastante), sino a las naciones libres y, precisamente a EE.UU., determinar. Es decir: decidirse a perecer, más o menos a corto plazo, o pasar, urgentemente, de la actitud pasiva a la actitud de rescate, a la actitud ofensiva de renacer como estados vitales y, por lo tanto, violentos, sagaces y dinámicos.

Mientras las potencias democráticas mantengan en su política exterior e interior esa actitud de dama fatigada, adormecida, matizada de resabios, complejos, intereses mezquinos e inmediatos, componendas y contemplaciones titubeantes para con sus propios sepultureros, este congreso, y cualquier otro, será en el plano práctico, inútil.

Pero es bueno, no obstante que este congreso se celebre precisamente aquí, en EE.UU. Porque al menos, de no tomarnos en cuenta, cuando la barbarie universal haya engullido este último baluarte de la democracia quedará, quizás, el testimonio, no por desesperado menos objetivo, de quienes, por haber padecido ya esa barbarie, por haber sido sus víctimas, supimos denunciarla, es decir supimos lanzar este grito de alerta y de advertencia.

11 de agosto 1980